

## ACEPTACION

Por el Dr. Nicolás Pichardo

Señor Rector, Autoridades Universitarias,  
Señores Profesores, Compañeros Médicos,  
Damas y Caballeros.

Hace algunos días, al cumplir mis 61 años, meditando sobre este acto, entonces solamente programado, me preguntaba si sería posible cuantiar la responsabilidad de un hombre para conocer en qué medida resulta, total o parcialmente, acreedor al Laurel o al INRI con que el laudo de sus conciudadanos premia o castiga sus actos.

Ya al plantearme la pregunta mi intimidad acepta que la medida no es absoluta, que resulta incontrovertible que otros seres y otras situaciones comparten la acreencia, aun cuando no encuentro la manera de cuantiarlas exactamente; y ésto así, porque si en la acepción de "responsabilidad" va subentendida de una parte la obligación moral, de la otra parte figura el albedrío, que si puede contener muchas posibilidades, de manera cierta contiene poca libertad.

Poca libertad digo, porque si en gran medida todo hombre es arquitecto de su propio destino, jamás, sin embargo, podrá inscribirlo fuera de las coordenadas que son su herencia y su formación y sus actos sólo serán inteligibles si se les mira en su propio escenario y se les examina en el contexto de su tiempo.

Por eso creo que no existe la expresión absoluta; que nadie es totalmente virtuoso, que nadie es totalmente vicioso, que nadie es

absolutamente responsable y que, siempre, es pensable el perdón.

Imposible se hace en verdad destruir los componentes instintivos de la personalidad, que son herencia obligada para asegurar la permanencia de la vida en la naturaleza. Impensable resulta que no actúen sobre mi comportamiento, los circuitos programados y activados hace 200 millones de años en el rinencéfalo de un saurio, si en la intimidad de mi encéfalo llevo como herencia filogenética el mismo rinencéfalo con idénticos complejos electroquímicos. Puro sueño es creer que mi razón, última cualidad aparecida en mi psiquismo, pudo seleccionar la programación que en mis albores imprimieron en mi cerebro, todos esos manipuladores de mente y de conciencia, que hicieron de mí, y a su mejor entender, un ente social. ¿Y cómo suprimir la modulación que a mis actos imprimen mis emociones, nacidas allá, en lo más recóndito de mis estructuras límbicas y reticulares? ¿Cómo trastocar el quimismo de trillones de sinapsis cuya función e integración hacen toda mi personalidad instintiva, emocional y racional? No, que para mí es cierto que ya a los 5 años se ha convertido el hombre en un giroscopio y se le ha orientado en una trayectoria inmutable y por siempre jamás su nombre será Pedro o será Alejandro o será Alberto; que el hado ciego hace a los hombres o de arcilla o de mármol o de bronce, y corresponde a su voluntad y circunstancias transformarse en lodo o en canto, o estatuilla, o monumento, o en Pedro pescador de almas, o en Alejandro conquistador del mundo o en Alberto Einstein, el genio inmarcesible, pero solo y singularmente si se ha nacido ese Pedro. . . ese Pedro con sus propias circunstancias, o ese Alejandro en su propio mundo, o ese Alberto en su tiempo.

Cada hombre es una tangente a un punto, a un punto que es su destino y que sólo él podrá cumplir por definición, y esto en la medida que él se organice y convierta en línea. La orientación imprescindible ya está dada por su estructura socio-biológica.

La integración en una línea, la formación, está condicionada en gran medida por dedicación que es empeño y voluntad y es al final de cuentas suma de enseñanza y captación, de triunfo y de fracaso, de premio y de castigo, de júbilo y de angustia, es en fin el moldeamiento de la materia humana por los padres en función de conciencia y por los maestros en función de cultura y de progreso.

Por ésto pretendo que a mis padres y a mis maestros debo en gran medida lo que llevo inscrito en mi ser y la imagen que proyecto

en la sociedad en que actúo. Por eso creo que ellos, aunque en medida no evaluable, son corresponsables de mis hechos. Por eso entiendo que a ellos más que a mí quizá, honra todo cuanto aquí se ha dicho y se ha hecho y es en nombre de ellos que me hago depositario del premio que reconoce como bueno y válido lo que supieron hacer de mi alma y de mi pensamiento.

Señor Rector, Señores Profesores, compañeros Médicos, Damas y Caballeros que con su quehacer y su presencia hacen de esta noche algo imborrable en mi recuerdo: en nombre de mis padres, en nombre de mis maestros y en el mío, recibid nuestras más acendradas gracias por así honrarnos y tened la seguridad de que mi voz dice el sentir de todos esos ausentes, porque ahora es un coro hecho de todas esas voces que no han muerto en mi recuerdo y de todos esos seres que viven por siempre en mi conciencia y en mi agradecimiento.

Especial mención quiero hacer de Ana Cuevas y Ana Aquino, que me enseñaron mis primeras letras; Profesores Yañes, Febrillé y Pablo Otto Hernández que corrigieron y disciplinaron mis resabios; Profesor Aliro Paulino, que de cada lección hacía un safari de entusiasmo a caza del saber; Doña Luisa Vda. Alfau, resumen de todas las virtudes de una mujer; Profesores Enrique Marty Ripley, Fabio Mota, Urania Montás, que desbordaron nuestras ansias de saber obligándonos a bajar dos estrellas del cielo donde sólo brillaba una; Dr. Gilberto Gómez Rodríguez y Onofres Marmolejos, que me dieron el gusto de lo biológico y siguen siendo para mí gigantes de la inteligencia y la memoria; Profesor Andrés Avelino, que me mostró otros caminos que no son los de la tierra. Y toda esa pléyade de médicos ilustres que me dieron su ciencia, me enseñaron su arte y pusieron a mi vera ese, desde entonces invariable compañero de mi ruta, que es el enfermo.

Todo cuanto he dicho es mi intimidad, que si puedo conocer por un acto de introspección, Uds. como reza la sentencia bíblica, solamente conoceréis por mis hechos; esos hechos que en un principio decía ser solo inteligibles en el contexto de mi escenario, de mi tiempo.

Esos actos siempre señalan una lucha entre la sociedad, de una parte, que pretende modelarnos a todos de acuerdo con sus instituciones y su prototipo social, y de otra parte nuestra voluntad mañosamente empeñada en hacerla a nuestro entender, unas veces poco a poco con el silencio de un discreto gotear, otras veces con el

estruendo de un cataclismo que señala su decapitación por la voluntad inagotable, las energías inconmensurables y el delirio mesiánico de un hombre, que luego la rehará por entero a su antojo para así coronarse Héroe, o Santo, o Gran Asesino en las páginas de la historia. Entre esos dos extremos se extiende la gama infinita de los nichos del valor humano, pero es condición inescapable que sólo con el fanal del futuro podemos reconocer los cuerpos que los ocupan y sólo a su resplandor saber quiénes fueron los simples, quiénes fueron los buenos quienes fueron los malos, quienes fueron los héroes, quienes los Santos.

Por todo ésto, Damas y Caballeros, que con su presencia dan calor humano a este acto, es que me limito a considerar como simplemente posible, que yo haya realizado algo, que debiéndose a mi puro y simple quehacer, contenga merecimientos que las simpatías de algunos, el agradecimiento de otros y la emotividad de todos, magnifique al punto de creerlo merecedor de premio.

Yo, reducido por el contagio emocional, pudiera decir, tembloroso y avergonzado, lo acepto y lo recibo, primero porque en ese acto va envuelto un premio a la mujer que es mi compañera, por haber sido siempre el más tierno acicate para empujarme a la acción y el ajustado censor de mis actos; y segundo, porque espero que, pasados los años y nosotros, el fanal del futuro se detendrá sobre mi nicho y entonces convalidará o negará el contenido simbólico de lo que estáis haciendo esta noche.

Mi escenario, el tiempo en que me ha sido dado vivir, es tiempo extraordinario. Como tiempo es igual a todos los otros conocidos, siempre histórico y, por tanto, inscrito como toda la historia humana en páginas que destilan sangre: Caín sigue siendo todavía el vecino más cercano de Abel. Extraordinario porque en él casi desaparece el hombre como entidad, aplastado por la sociedad y el colmenar humano, porque todos sus resquicios están llenos de angustia, porque en su lapso se ha extendido, casi a la velocidad de la luz, el universo físico y científico del hombre, mientras la moral humana todavía sigue abandonada entre el neolítico y la edad del bronce.

Tan solo en mi limitado campo, en lo que va de mi generación, casi todo ha sido revolucionado por nuevos conocimientos, nuevas técnicas o cambios sustanciales en las antiguas. De los sistemas medievales baconianos, todavía vigentes en los años 30 y que amarraban el progreso a lo estrictamente demostrable, se pasó a la

liberación que ha permitido adentrarse en el hombre y en la sociedad y como corolario se saltó de la medicina que sólo conocía de la enfermedad, a la medicina que tiene por objeto el hombre global: físico, psíquico y social. De la concepción de una naturaleza eternamente sabia se pasó a los escándalos biológicos de las enfermedades por autoinmunidad. De la observación impotente de la invasión microbiana al milagro de las sulfas y los antibióticos y de inmediato al fracaso de la fanfarronería humana que creyó podía archivar los microbios en estanterías de museo. Desde la moral de la cureta hasta la moral de la píldora. De la macroquímica de la orina, a la química molecular que explica tesarismosis y vicios metabólicos; de la fotografía que mostraba un hipertiroidismo o un cushianismo, al edificio gigantesco de la endocrinología. Del arcano de una cariocinesis a los genes y los ácidos nucleicos; de la apendicectomía que consagraba un cirujano, al trasplante de víscera que ya le deja en el anonimato. De la semiología del estetoscopio y la percusión a la semiología del caterismo vascular, de la angiocardiógrafa y de la isotopografía. De la terapia digitalica a la terapia valvuloplástica. Desde la especialización trina: medicina, cirugía y obstetricia, hasta el conocimiento enciclopédico sobre una partícula y por fin el saberlo todo de nada. . . Tiempos ciertamente extraordinarios. . .

En este mi tiempo, mis actos los he realizado fuera de los grandes escaparates por timidez y sobre todo por vocación, que fundamentalmente soy maestro y médico, médico práctico, médico de hombres. Ninguna de esas dos actividades aceptan candilejas o toleran ademanes histriónicos, porque su ejercicio transcurre siempre bajo los ojos, no de los que desconocen y aplauden, sino de los que no perdonan tonterías o errores: los alumnos y la muerte.

Mi ejercicio profesional siempre tuvo las dos vertientes, la del hospital y la práctica privada. La primera transcurrió sin sobresaltos, porque el medio me era bien conocido, que allí transcurrió mi vida de estudiante y adquirí mis conocimientos. La segunda, mi práctica privada, con frecuencia me planteaba problemas incomprensibles. Muchas veces el enfermo sentado ante mi escritorio o recluido en su aposento no encajaba en los esquemas por mí conocidos. Desplegaba actitudes y contaba cosas totalmente nuevas, que nadie me había enseñado y que poco a poco en su reiteración se me fueron imponiendo como importantes y terminaron dibujando frente a mí al enfermo, esa simbiosis de hombre y de enfermedad. Ya nunca más,

apuntalado por mis lecturas pude separar la dualidad, el anverso o el reverso, porque aprendí que la enfermedad es un proceso que irrumpe en la vida de un hombre trastornando su fisiología, pero que al mismo tiempo puede desquiciar su precario equilibrio psíquico y que con frecuencia vuelca su posición familiar y social; porque aprendí que si el dolor martiriza, la angustia destruye; porque no conocí a nadie que pudiera volverse un Cirineo y echar sobre sus hombros la mitad de ese dolor; porque he leído en sus ojos el espanto de saberse rodando inexorablemente hacia la disolución de la muerte; porque la soledad del hombre en esta tierra ni Dios pudo remediarla en su hijo. Porque nadie puede borrarle su tremendo saber: "en polvo te convertirás. . ."

En mi magisterio, todo lo hice con entusiasmo de vocación y con empeño de dar lo que a mí se me había dado y lo que pude allegar. Sólo que como mis maestros, a mis discípulos no me fue posible enseñarles sino la enfermedad. El otro lado de la moneda, el hombre, siempre se resistió a aparecer en las cátedras. Y es lógico que así sea, porque el hombre se cierra y no ofrece su intimidad en el anfiteatro al grupo que lo estudia y porque en las salas del hospital sólo está reclinada en las camas, la enfermedad: el hombre ha huido o no es más que un conejillo asustado en aquel ambiente donde es el último del escalafón, donde no puede explicarse porque falta tiempo, donde nadie le explica nada: donde nadie siente la necesidad de cuidar su pudor, donde sin aparente justificación se le hace sufrir diez tomas de sangre, un sondeo, un enema, una punción lumbar; donde el pavor le paraliza el alma viendo morir al vecino; donde el sueño se le escapa al soplo de quejidos, donde nunca existe el regazo de una sonrisa, el refugio de un amigo o una mano que consuela acariciando.

Aquí terminan estas digresiones. Ellas apuntan hacia el hombre biológico y el hombre cognoscitivo, con sus circunstancias, sus juicios de valer, su vocación y sus fallas, a quien habéis premiado.

Su propósito es doble. Primero señalar la necesidad de ahondar la enseñanza de la psicología médica; que se capacite más al estudiante para que sepa desenvolver mejor su futura comunicación con el enfermo; que con él se estudie la interacción médico-enfermo y que se le enseñe en qué dosis y por qué vías se administra ese medicamento maravilloso que es el médico redondamente capacitado. Su segundo propósito es que si, después de entenderme mejor, todavía creéis que se me puede conceder una petición, aquí la

formulo a los que organizarán y pondrán en vigencia esta cátedra: que por lo menos de cuando en vez, su tiempo se emplee en llenar el vacío señalado.

Si así ocurriere, entonces y sólo entonces, sabría que he sido útil y me sentiría completo, porque a través de mí se mitigarán grandes angustias y muchos médicos recuperarán el equilibrio que los devolverá a la grey de los humanos y a los eternos valores consagrados por la Paideia ateniense, en los que siempre creeré y siempre aceptaré como faro de la conciencia humana.